



Anne Phillips, *The Politics of the Human*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015. 150 páginas. ISBN: 9781107475830.

Se trata de un difícil ejercicio intelectual el intentar establecer una definición con relativa universalidad, aunque sea simplemente operativa, de una cuestión tan compleja como la de qué es para cada uno de nosotros el ser humano. *The Politics of the Human* de Anne Phillips<sup>1</sup> es, sin lugar a duda, un ejemplo de ello.

El extremo cuidado que hay que tener a la hora de establecer las *fronteras* de una definición hace que resulte en ocasiones agotador, dando lugar a una abundancia de términos que parecen anular la creatividad. Tal es la situación, que el intento por definir qué es ser humano se convierte en un baile continuo de palabras como igualdad, dignidad, justicia, derechos humanos, humanismo, posthumanismo... Pero se convierte, podríamos decir, en una de esas primitivas composiciones, el motete, en el que podemos escuchar el *duplum*, el *triplum* y el *quadruplum*, que a pesar de tener cada uno su melodía, e incluso poder estar en diferente idioma, suponen un gran avance para el desarrollo de la polifonía. Esta es la razón por la que esta partitura que compone Anne Phillips nos resulta valiosa.

La autora se da cuenta de que es en el momento de intentar escuchar nuestros pensamientos cuando resuenan las contradicciones de los mismos, cuando notamos que el hecho de ser una cosa y la contraria, o una tercera no imaginada, no está definitivamente excluido de la realidad del *self*. Es por ello que el libro pivota sobre una estructura de motivo y contramotivo, a veces debemos reconocer que sufridamente dialéctica. Pero a pesar de que en principio esto podría mostrarse como una inconsistencia argumental de la autora, es de hecho, en mi opinión, su mayor fortaleza. Aunque le genere en ocasiones una necesidad de justificarse.

La capacidad de retener ideas contradictorias es a menudo más grande que el miedo a la inconsistencia, y los humanos han desarrollado muchas maneras originales de lidiar con aquello que de otra manera sería un dilema (p. 51)<sup>2</sup>.

Sin embargo, a pesar de la contradicción y la duda que ya se deja notar en las primeras páginas, la respuesta parece estar bastante clara para la profesora Phillips: es la igualdad la clave sobre la que fundamentar la política. Aunque se debe ser prudente a la hora de hablar de un concepto como éste.

Como indica más de una vez la autora a lo largo del libro, el problema fundamental que encontramos al hablar de igualdad es la tendencia a buscar explicaciones,

<sup>1</sup> Graham Wallas Professor de Ciencias Políticas en la London School of Economics.

<sup>2</sup> “The capacity of holding contradictory ideas is often greater than the fear of inconsistency, and humans have developed many innovative ways of dealing with what would otherwise be cognitive dissonance”.

justificaciones o razones de esa igualdad, remitiendo en muchos casos a un tipo de sustancialidad, de naturaleza humana, que en principio todos compartimos.

La tradición de la ley natural es algo prácticamente del pasado, muchos estarían de acuerdo con Jeremy Bentham en que los derechos naturales son un “sinsentido”; pero la idea de que hay algo inherente al ser humano que le proporciona una base para sus derechos y reivindicaciones sigue presente (p. 27)<sup>3</sup>.

Sin embargo, encontrar o justificar esa base común no se convierte en una protección contra la segregación y la exclusión ya que del mismo modo también puede producirse un exacerbado enaltecimiento de la diferencia (p. 11). Esto es debido a que las generalizaciones universalistas en ocasiones se fundamentan sobre una especie de misticismo naturalista que anula tanto la realidad contingente como la posibilidad de diferir o de ser igual. Al fin y al cabo, “nosotros somos esas contingencias” (p. 36)<sup>4</sup> y son ellas las que “nos llevan a afirmar nuestra humanidad” (p. 37)<sup>5</sup>. Por ello, alejándose de una superficial identificación entre diferencia y contingencia que conduzca a un callejón sin salida, convierte la igualdad, con un bajo continuo de resonancias arendtianas, en un acto continuo de reivindicación.

En un tono contrario a la pragmática, la cual se puede mostrar a veces algo conformista, Phillips termina el libro diciendo que “la igualdad reclamada” tiene más impacto y más fuerza que la “igualdad dada” (p. 135). Un acto que, bordeando los terrenos de la omnipotencia, se trata de un ensalzamiento de la agencia del sujeto, y de la responsabilidad. Pero para llegar hasta ese punto hay un largo camino.

Siguiendo la arendtiana idea de que no se encuentra nada en la abstracta desnudez del sujeto, la autora establece una crítica al humanismo y al posthumanismo acusándoles de, en cierto modo, provocar una deshumanización del humano. El primero sería culpable de menospreciar las particularidades que nos definen a cada humano, de no darles la importancia que merecen provocando un difícil análisis de las relaciones de poder que en ellas influyen y que contribuyen de manera muy negativa a la igualdad. El segundo, por otro lado, lo sería entre otras cosas por su ingenuidad a la hora de defender la tecnología como aquello que creará el *superhumano*, un estado de igualdad total que eliminará cualquier tipo de frontera.

Es en este punto, en el cuarto capítulo (“Dignity and Equality”) y en el quinto (“Humanism and Posthumanism”) donde podemos entender mejor hacia dónde va *The Politics of the Human*. Lo hablado en los capítulos anteriores, sobre el humano con contenido o sin él, o el pequeño análisis de Richard Rorty (1931-2007) y Hannah Arendt (1906-1975) (pp. 47-80), parecen indicarnos que Phillips se siente encerrada en el debate sobre qué incluir y qué no en la categoría de ser humano y es por ello por lo que un mayor énfasis en el concepto de igualdad resulta tan importante como vía de escape: humano es aquel que se establece a sí mismo como igual mediante su reclamo de ser identificado como humano (p. 132).

<sup>3</sup> “The natural law tradition is mostly a thing of the past; many now agree with Jeremy Bentham that natural rights are ‘nonsense’; but the idea that there is something inherent in humans that provides the basis for our rights and claims continues to appeal”.

<sup>4</sup> “We are these contingencies”.

<sup>5</sup> “These contingencies are, moreover, what typically drive us to assert our humanness”.

En su opinión, cuando se trata de igualdad no hay posibilidad de establecer gradaciones con la inclusión o exclusión de más categorías que compliquen el reconocimiento. La cuestión se reduce a un sencillo dilema de frontera: estás dentro o estás fuera (p. 131), es decir, o hay igualdad o no la hay. Para la autora, “la afirmación de la humanidad es simultánea a la aserción de la igualdad” (p. 79)<sup>6</sup>.

Pero debemos aclarar que se trataría de una igualdad ligada a la contingencia, ya que no se le debe presuponer ningún tipo de imparcialidad. Es por ello que Phillips realiza una crítica al humanitarismo y la justicia global. Si la igualdad acaba por convertirse en una justicia liberal, de velo de ignorancia rawlsiano, no es sino una reproducción del *status quo*. Una política paliativa que trata de convencer a aquellos que tienen privilegios de que no tienen más que los demás, pero también que busca sedar el reclamo por la igualdad y la disolución de las jerarquías (p. 104).

Y es que desde luego si una cosa no se le puede negar a *The Politics of the Human* es la capacidad de conectar con los debates más actuales en torno a la raza, el género, el sexo, el estatus social, la pobreza o los refugiados de guerras. La llamada a pensar lo humano desde la igualdad no es sino una llamada a atender las peticiones de aquellos que, desde esa misma visión, están todavía en el camino de conseguir igualdad, en el camino de que se considere su humanidad. Es quizás este el objetivo último de libro y el punto más interesante.

Debido a esto, hubiera sido interesante que el libro tuviese una extensión mayor en la que poder desarrollar más extensamente los argumentos, e incluso poder introducir otras reflexiones como de qué manera afecta la actitud del oyente en el acto público de afirmación de nuestra propia humanidad por el que aboga Anne Phillips.

Esto es algo que podría otorgar más musicalidad a la política de lo humano, permitiéndonos sobrepasar la siempre presente línea del compositor-intérprete que tiene capacidad para hablar, y reclamar, pero de cuya capacidad para escuchar no sabemos nada.

Miguel Á. Sánchez Fuentes  
Grupo de investigación *Foro Interno*  
masanf@outlook.com

---

<sup>6</sup> “The assertion of humanness is simultaneous with the assertion of equality”.